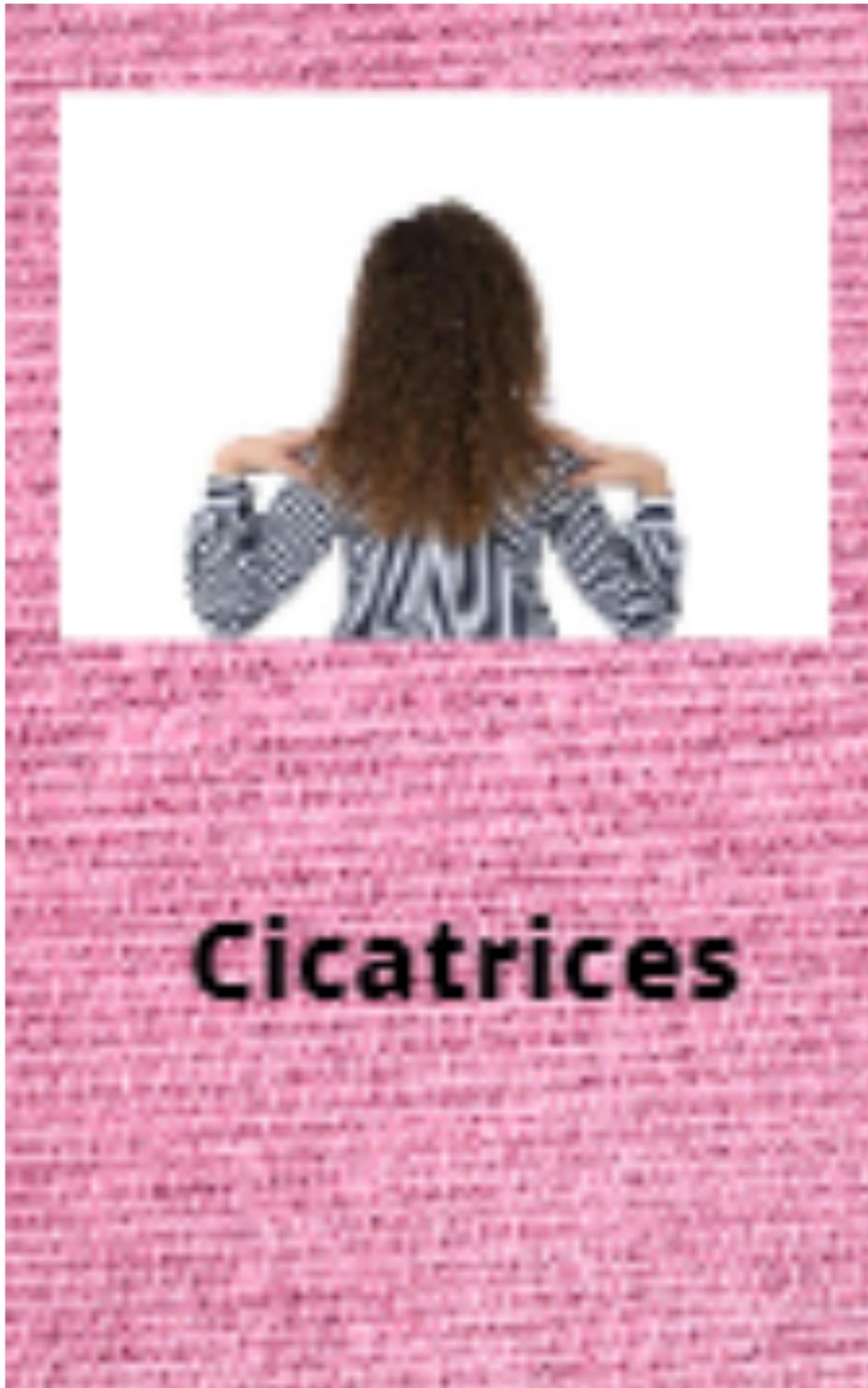


Cicatrices

Nerea N



Capítulo 1

Carla había pedido unas pizzas de jamón y queso. El aroma de la inigualable piza cubana podía sentirse en el comedor cuando Paula llegó.

—Siéntate aquí en el sofá, que estaremos más cómodas. Te traigo una cerveza, que están congeladitas —dijo Carla, mientras la chica se acomodaba.

—Sí, porfa, es que hace tanto calor.

Las dos chicas se sentaron, cada una con un vaso y una botella en la mano. Carla puso un disco de Paul Mauriat.

— ¿Te gusta la música instrumental? —quiso saber la anfitriona.

—Sí, es muy bonita. Me gusta mucho la orquesta de Franck Pourcel.

— ¿Traigo las pizzas? —y señaló a la cocina.

—Sí, por favor, que tengo tremenda hambre.

—Y yo —ambas rieron. Carla trajo las pizzas y se sentó junto a ella—. Háblame de ti, Paula.

— A ver, tú no estás intentando ligar conmigo, ¿verdad? —dijo la chica, un poco cortada.

—No, de ninguna manera —rio Laura—. No soy lesbiana.

Paula respiró aliviada.

—Perdona. No tengo nada en contra de las preferencias sexuales de cada persona, pero últimamente me entran más mujeres que hombres. Y no sé por qué. Y al ver comida, cerveza, y música ... pensé que ... lo siento.

—Bueno, a veces pasa. A mí también me ha entrado alguna que otra chica. Pero eso no tiene importancia. Háblame de ti Paula. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando como jinetera —chicas que se acuestan con extranjeros por dinero, en Cuba—?

—Hace ya unos cuantos años. Yo era demasiado joven —suspiró.

—¿A qué edad comenzaste a trabajar en esto?

—A los 13. Tengo la autoestima muy baja —dijo con una tímida sonrisa.

—No sé por qué —le espetó Carla—, eres preciosa.

Paula era una chica delgada y más bien alta. Blanca, con un pelo larguísimo y ondulado, y unos ojos azules preciosos. Los labios perfectos, al punto que parecían dibujados. Los senos eran medianos, pero tan prominentes que al verla, cualquiera pensaría que trataban de salirse de la camiseta que llevaba puesta, la cintura estrecha y nalgas empinadas, muy bien redondeadas.

—Mi niñez no fue fácil —y quedó mirando un rato hacia el suelo—. Soy única hija. Padres divorciados. Mi padre se fue para Estados Unidos cuando yo tenía dos años y jamás se ocupó de nosotras. Mi madre trajo un hombre a vivir a la casa. Era mucho más joven que ella. No sé si porque estaba enamorada o porque ella le sacaba diez años, lo cierto es que veía por los ojos de él. Yo iba a cumplir diez.

El hijo de puta empezó a toquetearme a escondidas. Primero lo hacía por arriba de la ropa. Recuerdo que estaba en cuarto grado. Yo no sabía casi nada de sexo. Solamente lo que había aprendido en clases. Las amiguitas que tenía no hablaban de eso. Es que éramos niñas, coño. No había que hablar ni saber de sexo con 9 años.

Él se acercaba a mí y me decía que quería jugar conmigo. Me hacía cosquillas, y eso a mí me daba risa. Un tiempo después empezó a abrazarme y a darme besos en la barriga y en el cuello. Yo quería ver en él al padre que nunca tuve, porque nunca supe lo que era un padre, Carla.

Mi madre pasaba el día fuera de la casa, trabajando, y a veces tenía el turno de madrugada. Él estaba conmigo la mayor parte del tiempo. Trabajaba manejando un camión que casi siempre estaba roto, y la empresa le pagaba el 70 por ciento del salario, en la casa. Arreglaba el camión y a la semana se volvía a romper. A veces me llevaba a dar vueltas con él, sentada a su lado, en la cabina.

Cuando mi madre tenía el turno de noche, él se pasaba a mi cama. Me decía que no quería que yo pasara frío, aunque casi nunca hacía frío. Entonces empezaba a tocarme por debajo de la ropa, aunque nunca me había obligado a desnudarme.

Paula comenzó a llorar. Carla se acercó más y la abrazó.

—No tienes que seguir contándome —le dijo—. Ya me imagino el resto.

—No, no te lo imaginas —dijo Paula—. Déjame contarte hasta el final, porque todo aquello lo llevo clavado como un puñal, y muy poca gente lo sabe.

Recuerdo que ya llevaba más de un año viviendo en mi casa. Había seguido toqueteándome, pero siempre con la ropa puesta. La relación de él con mi madre era más bien violenta. Más de una vez le vi moretones en los ojos, que trataba de disimular con gafas de sol.

Mira Carla, tal vez te preguntarás por qué no hablé con ella, por qué no lo denuncié a la policía. La gente en estos casos se hace mil preguntas, pero la angustia y el terror que vive un niño acosado sexualmente, no se puede describir con palabras. Solo aquellos que hemos pasado por eso lo sabemos. Los padres se confían y no se dan cuenta que la mayoría de las agresiones vienen de personas cercanas a los niños, y muchas veces de personas que conviven con ellos.

—Te entiendo —y apretó su brazo, para confortarla.

—A los 11 años ya yo tenía la regla. Había desarrollado bastante. Una tarde llamó mi madre al teléfono de mi vecina, porque nosotros no teníamos. Dijo que le habían pedido que doblara el turno, porque una compañera no iría a trabajar. Volvería al otro día por la mañana.

Pensé que él no estaba en la casa. Me acababa de bañar y salí en blúmer —bragas— y ajustador —sujetador— a buscar la ropa en mi cuarto. Cuando lo vi acostado en mi cama, por poco me muero de miedo. Mi primer instinto fue salir, pero desde la cama, empujó la puerta, que la tenía al lado y se puso de pie. Él nunca me había visto en blúmer. Me dijo que ya era una mujer, que me quitara todo. Me quedé petrificada. Hubiera gritado, pero te juro que no me salía la voz. Intenté salir, pero me agarró por el brazo y me tiró sobre la cama. Me miró fijamente y me dijo que, si decía algo a mi madre o a alguien, antes de que lo cogieran preso, nos mataba a las dos. También me dijo que le diría a mi madre que yo le estaba zorreando.

Lo demás, no te lo voy a contar en detalles, porque todavía me duele el alma. Me violó en mi propia cama. Me quedé hecha un ovillo, encogida, en posición fetal. Quería llorar, pero no podía. Así estuve mucho tiempo, en shock. Cuando reuní fuerzas, me levanté, volví al baño y me duché, hasta que la piel me ardía de tanto jabón que me di. Fue la ducha más larga de mi vida. Cambié las sábanas y me volví a acostar. Él se había ido.

Al otro día, cuando mi madre llegó del trabajo, me preguntó que por qué no había ido a la escuela. Le dije que me sentía mal. Ella nunca fue una

persona cariñosa conmigo. Creo que desde que mi padre nos abandonó, ella se llenó de amargura. Después, con aquel sinvergüenza se puso peor. Probablemente si él le hubiera dicho que era yo, la que lo provocaba, la que me le insinuaba, ella lo hubiera creído, aunque era solo una niña.

—¡Qué hijo de puta! —dijo Carla, —bebiendo de golpe la mitad de la cerveza que había echado en el vaso.

—¿Tienes otra? —preguntó Paula, secándose los ojos—. Es que se me ha quedado la boca seca.

—Claro —y le trajo una del congelador. Paula bebió un largo sorbo, antes de continuar.

—Recuerdo el infierno que supuso para mí el sexto grado. Durante aquel curso, me violó cuatro veces más. Yo no podía concentrarme en la escuela. No tenía apetito. Apenas podía dormir. Llevaba tres días vomitando. Mi madre por fin me llevó al médico. Después de reconocerme los pulmones con el estetoscopio, la doctora me palpó el vientre. Me hizo varias preguntas y le pidió que nos dejara a solas. Le dije que había tenido relaciones sexuales. Entonces me hizo un tacto vaginal.

Y ahí explotó la primera bomba. Estaba embarazada.

— ¡Madre mía! —dijo Carla abriendo los ojos en señal de asombro —aunque era de esperarse que eso ocurriera.

—Al saber aquello, yo estaba decidida a contarle todo a mi madre, pero no me dio tiempo. Recuerdo que cuando se lo dijeron, en el mismo hospital, me llevó a una salita de espera, donde no había nadie en aquel momento y me entró a golpes. Trataba de esquivarla, pero me agarró por el pelo y estuvo dándome bofetadas, hasta que se cansó. Entonces apareció la enfermera. Me llevaron a hacer una ecografía, y ahí explotó la segunda bomba. Era un embarazo ectópico, incompatible con la vida. Si continuaba, me moriría y para que no continuara tenían que operarme. Me ingresaron el mismo día. Por alguna razón, aquello se complicó y tuvieron que sacarme los dos ovarios y una de las trompas. Y ya sabes lo que eso significa, nunca podré salir embarazada.

Paula volvió a llorar. Estaba reviviendo aquel episodio que había transcurrido casi nueve años atrás.

—Lo siento mucho —le dijo su amiga, mientras la apretaba contra ella.

—Hay cosas de las que tardamos en recuperarnos, y otras de las que no nos recuperamos nunca —dijo suspirando—. Aunque ahora me he

derrumbado, te aseguro que hace años que lo superé.

Felo, que así se llamaba el hijo de puta, ni siquiera se había portado por la casa. Había dejado a mi madre, desde el día que me detectaron el embarazo. Nadie sabía dónde se había metido.

Sin embargo, mientras estaba en el hospital, recuperándome de la operación, vi un rayo de justicia, algo que me decía que no siempre los que hacen el mal quedan impunes. La enfermera se acercó hacia mí, con tono grave y me dijo que mi madre demoraría en llegar, porque lamentablemente mi padrastro había fallecido.

No soy una mala persona Carla, pero te mentaría si te dijera que no me alegré. Cuando llegó mi madre, que estaba media muerta, con tantos disgustos y desgracias juntas, me dijo que el tipo se había volcado en el camión, y que al momento cogió candela. Cuando los bomberos llegaron y apagaron el fuego, lo encontraron carbonizado. Se achicharró dentro de la misma cabina que me había violado, una de las veces que lo hizo.

Me dieron el alta pocos días después. Cuando llegamos a la casa, finalmente le conté la verdad. Le expliqué todo. Los toqueteos, las violaciones. A ella sí se lo expliqué en detalles. ¿Y sabes qué? Nunca me creyó. Me dijo que no ofendiera la memoria de Felo, con una mentira tan vil. Que sabe Dios con cuantos machos me había revolcado en la escuela, hasta que al final me preñaron.

Lloré, lloré mucho. Como nunca había llorado. A partir de aquel día nos distanciamos más aún. Yo era una niña de 11 años. Nunca había tenido un noviecito siquiera, y mi madre además de negarse a creerme, me trataba como a una puta.

Soy resiliente Carla, sí, soy una de esas personas que tiene la capacidad de recuperarse hasta de los eventos más traumáticos, aunque ahora me veas llorando al recordarlo.

Y seguí adelante, y me propuse algo. Si mi madre, la única persona que tenía en el mundo, pensaba sin razón alguna, que yo era una puta, entonces me convertiría en una puta de verdad.

A la edad de 13 años empecé a acostarme con turistas extranjeros, con la ayuda de una amiga que solo era dos años mayor que yo. Tuve que pasar lo que alguien que no conozca nuestro mundo, no se podrá jamás imaginar. Fueron cinco años de infierno, pero ganaba dinero, y estaba lejos de la casa la mayor parte del día. Compraba ropa y comida y le llevaba a mi madre. Jamás me preguntó de dónde salían los dólares. Tal vez pensó que la putica de su hija, al menos ahora era rentable.

Dos años después, a mi madre le diagnosticaron una esclerosis lateral amiotrófica. Hoy día está en un sillón de ruedas, sin poder apenas moverse.

Y termino mi historia, diciéndote que la comida de ella, las medicinas, los pañales de la shopping —tiendas que venden por dólares en Cuba—, y la señora que la cuida, las pago yo, follando con extranjeros. Del coño de aquella hija, a la cual nunca ni quiso, ni creyó, salen ahora los dólares para que no se pudra en una cama.

Carla respiró profundamente.

—Lo siento tanto, mi amiga. ¿Te puedo llamar así? —le preguntó.

—Claro que sí. Solo una amiga puede soportar que le transformen un almuerzo en una sesión donde le cuentan historias llenas de tragedias —. Y volvieron a abrazarse.

Las pizzas se habían enfriado. Ninguna apenas las probó. Sin embargo, no había quedado ni una cerveza en el refrigerador.